

# Las antropologías latinoamericanas como segundas: situaciones y retos

---

Esteban Krotz\*  
kheberle@uady.mx

*A la memoria de Roberto Cardoso de Oliveira  
(1928-2006)*

El propósito de este texto es proporcionar una serie de elementos que podrían ser útiles para la realización del balance pendiente de la antropología ecuatoriana a diez años de haberse celebrado el Primer Congreso de Antropología y Arqueología Ecuatoriana y que constituye el objetivo central del Segundo Congreso con ese nombre.<sup>1</sup> Para ello, se caracterizará primero el fenómeno de las antropologías segundas todavía un tanto invisibles, para diferenciar luego entre antropologías “en” el Sur y “del” Sur. La parte final comenta algunos retos en el camino hacia la segunda de estas dos condiciones.

## 1. El surgimiento de las antropologías “segundas”

Usualmente se maneja un esquema de desarrollo de la antropología que se basa en una *secuencia de paradigmas*. Ésta inicia, después de varios “antecedentes” o “precursores”, su historia como ciencia, con el primer y hasta ahora único paradigma propiamente dicho<sup>2</sup>, el evolu-

---

\* Licenciado y Doctor en Filosofía, Maestro en Antropología Social. Profesor-Investigador en la Unidad de Ciencias Sociales del Centro de Investigaciones Regionales “Dr. Hideyo Noguchi” de la Universidad Autónoma de Yucatán (Mérida, Yucatán) y en el Departamento de Antropología de la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa (México, D. F.)

cionismo del siglo XIX, y sigue con determinadas “escuelas”, “corrientes”, “teorías” o “modelos” hasta llegar a la situación actual que se entiende, en cierto sentido, como resultado de este desarrollo.

Tal procedimiento centrado en la esfera de los enunciados teóricos tiene razón de ser, ya que la antropología es, ante todo, un instrumento de conocimiento. Incluso tiene ventajas indudables sobre otros tipos de historiografía, por ejemplo, sobre los que se limitan a reseñar vida y obra de los “héroes” consagrados de la disciplina o sobre los que construyen genealogías de enfoques teóricos del pasado destinadas a la legitimación de determinada posición del presente. Además, de este modo se construye una visión dinámica de la antropología como proceso inacabado de discusión, donde si bien hay avances en cierto sentido, no puede prescindirse de la recuperación crítica de los “clásicos” de todas las épocas.

Sin embargo, tal manera de reconstruir la historia de la disciplina también tiene importantes desventajas. Ante todo, sugiere una visión extremadamente estrecha de lo que es la ciencia, porque ésta queda reducida al discurso científico e incluso sólo a los resultados de la investigación propiamente dicha. Además, se privilegia así una visión marcadamente retrospectiva que suele ocultar las alternativas posibles que existieron en un momento dado y enfatizar demasiado las ideas hegemónicas de cada fase del desarrollo de la antropología. Y, finalmente, contribuye a invisibilizar la transformación más importante de la antropología científica desde su creación como tal, a saber, la emergencia de las antropologías segundas.

Más bien, la ciencia –y, por consiguiente, también la ciencia antropológica–, como parte de la cultura, debe ser estudiada como un proceso peculiar de *producción cultural*. Como otros procesos de este tipo, también la ciencia consiste tanto de elementos simbólicos (hipótesis, teorías, modelos, reglas metodológicas, etc.) y materiales (escritos, artefactos para el registro y el análisis de datos etnográficos, instrumental de laboratorio, etc.) como de los colectivos de especialistas que generan, utilizan, validan y transforman tales elementos simbólicos y materiales. A su vez, dichos colectivos, llamados usualmente “comunidades científicas”, forman parte de configuraciones sociales más comprensivas, las cuales están surcadas por instituciones de diferentes tipos y se encuentran marcadas por las particularidades socioculturales pe-

culiars y siempre cambiantes de determinadas regiones culturales y épocas civilizatorias.

Asumir la última perspectiva señalada, tiene la ventaja de obviar en buena medida la aporética discusión sobre los enfoques llamados “internalista” y “externalista”, ya que *ambos* conjuntos –las comunidades científicas, por una parte y los elementos simbólicos y materiales que dichas comunidades manejan– son entendidos como *constitutivos* del proceso científico, por más que pueda y deba distinguirse en el análisis la dinámica relativamente autónoma de cada uno de ellos. Pero mientras que el segundo conjunto mencionado no necesita mayor explicación, parece necesario insistir en el carácter realmente constitutivo y no solamente “circunstancial” de los componentes del primero.<sup>3</sup>

Sin embargo, por ejemplo, ¿no es evidente que el conocimiento científico generado en un país es en gran medida función de la historia y de la situación general de su sistema educativo en general y del científico-tecnológico en particular?; ¿que el ritmo de las actividades de investigación se encuentra profundamente marcado y a veces fuertemente acotado por los ritmos propios de las administraciones gubernamental y universitaria?; ¿que, especialmente en el ámbito de las ciencias sociales y humanas, la lengua materna de los estudiosos tiñe de modo indeleble su labor investigativa?; ¿que la acostumbrada concentración de las decisiones políticas y económicas relevantes en las capitales latinoamericanas imprime un sello peculiar a la producción científica de todos los países de la región? La calificación de estos y muchos otros elementos vinculados con la organización y la actuación de los científicos como “contexto”, que le quedaría en algún sentido “externo” al “texto”, o sea, a la producción del conocimiento científico, dificultaría aprehender adecuadamente el papel constitutivo de sus productores y de las instituciones en las que éstos laboran y las sociedades de las que éstas últimas forman parte.

Tomando en cuenta lo anterior, el desarrollo de la ciencia antropológica no solamente conoce los profundos cambios de tipo (pre- o pos-)paradigmático arriba señalados, que muchas veces han tenido carácter manifiestamente sustitutivo (al menos, por un tiempo). Enfocando a las comunidades generadoras de la ciencia antropológica, su conformación y sus transformaciones, se hace patente también un cambio fundamental que, aunque iniciado en algunos lugares tiempo atrás, se ha vuelto más visible a partir de fines de los años sesenta del si-

glo pasado: la emergencia de *antropologías segundas* en cada vez más regiones del mundo.

Con esta expresión se quiere caracterizar inicialmente un tipo de antropología diferente del surgido en la región originaria de la disciplina, o sea, del ámbito noratlántico en sentido amplio (la Europa del siglo XIX con sus áreas entonces periféricas de Norteamérica y Rusia). Las antropologías segundas son llamadas así porque, a pesar de que puede reconocerse antecedentes y precursores propios en casi todas ellas, su existencia se debe, ante todo, a un proceso de *difusión*: el impulso decisivo para el nacimiento de la antropología científica hoy existente en las regiones no pertenecientes a la civilización noratlántica decimonónica, provino de fuera, de algún lugar de ésta última. Más en particular, se produjo, por lo general, a partir de la presencia de investigadores extranjeros venidos para estudiar a algunos de “los otros” de ultramar –la más importante fuente de otredad para la civilización noratlántica desde el siglo XIX y su antropología científica naciente<sup>4</sup>; habitualmente de manera lenta y casi como efecto colateral, dicha presencia llevó décadas después al establecimiento de estaciones de campo y la fundación de museos y archivos, y, después, también a la impartición de cursos y conferencias en instituciones académicas y al entrenamiento científico de ayudantes de investigación nativos y desembocó finalmente en iniciativas para crear programas de antropología a nivel licenciatura y para formar los primeros cuadros académicos en las universidades extranjeras en las cuales laboraban los estudiosos llegados de fuera.

Desde fines de los sesentas y durante los setentas y ochentas –indudablemente también como resultado del casi siempre violento proceso de descolonización en África y Asia– empiezan a *arraigarse* las antropologías difundidas desde la civilización originaria de esta disciplina científica en un número creciente de países del desde entonces llamado Tercer Mundo. En consecuencia, se constituyen poco a poco comunidades antropológicas compuestas por ciudadanas y ciudadanos<sup>5</sup> de esos países (habitualmente radicadas casi exclusivamente en la ciudad capital correspondiente), se inician programas universitarios de grado organizados y dirigidos por antropólogos nativos, se fundan centros o secciones de investigación antropológica, se empieza a publicar libros y revistas y a organizar series de congresos y otros tipos de reuniones especializadas.

Sin embargo, a pesar de que estos procesos se dan ahora en muchos países, resultan todavía poco visibles en el panorama antropológico internacional. Por tanto, incluso una revisión rápida de las revistas antropológicas de más amplia circulación, fomenta fácilmente la idea equivocada de que la antropología sigue siendo una ciencia casi exclusivamente noratlántica (e incluso anglófona) – a pesar de que, por ejemplo, las antropologías brasileña y mexicana sobrepasan a la mayoría de los países originarios de la antropología en cuanto a número de graduados, instituciones académicas o publicaciones periódicas, situación que también parece darse en varios países asiáticos.

¿Cuáles son las razones de esta *invisibilidad*? Mencionaremos en lo que sigue solamente cuatro de ellas.

Una primera causa es que la emergencia misma de las antropologías segundas está llena de *tensiones* cuyo potencial conflictivo parece frenar su explicitación. Así, por ejemplo, para los antropólogos venidos “del Norte”, el hecho de encontrarse en las áreas tradicionalmente visitadas para la producción de monografías y estudios comparativos, ya no solamente con “sujetos por estudiar”, sino igualmente con especialistas en las disciplinas antropológicas, con estudiantes de antropología y tesis, ha significado una situación novedosa y a veces un tanto desconcertante y difícil de asumir. Por su parte, los antropólogos nativos de no pocos países “del Sur” se sienten a veces un tanto incómodos ante el entrecruzamiento de sus papeles como objetos de estudio, informantes clave, colaboradores invitados y críticos natos de la investigación de sus colegas quienes suelen permanecer solamente durante lapsos de tiempo limitados en su país. Ambos sectores saben que disponen de poder: los primeros cuentan usualmente con mayores recursos para la investigación de campo, bibliográfica y archivística y con mejores accesos a los medios internacionales de difusión, pero pueden hacer partícipes de ellos a sus aliados nativos de estos recursos a cambio de cierto tipo de colaboración, mientras que los segundos poseen muchas veces conocimientos y relaciones sociales muy útiles para los primeros y pueden llegar a imponer condiciones a investigadores extranjeros. La evaluación de la información antropológica generada y de su interpretación, que cada uno de los dos sectores hace con respecto al otro y que muchas veces no se realiza en foros formales, es otro punto álgido en esta relación.<sup>6</sup>

En segundo lugar, las instituciones de la antropología directamente heredera de la primera siguen controlando, como hace siglo y cuarto, *la difusión de los resultados de la investigación antropológica a nivel mundial* y lo hacen con tanta efectividad que para muchos antropólogos en el Sur resulta más fácil y rápido enterarse de investigaciones y debates desarrollados en los países nortatlánticos que en su propio país (para no hablar de lo que sucede en otros países del Sur). Al parecer, contribuyen a esta situación, que algunas revistas han tratado de contrarrestar, causas diversas. Entre ellas está el que el idioma nativo del grupo nacional más grande de antropólogos haya sido bautizado como “el idioma de la ciencia moderna”.<sup>7</sup> Incluso en países como los latinoamericanos el inglés está siendo promovido en este sentido por organismos gubernamentales, de modo tal que la conocida norma “publish or perish” adquiere para casi todos los antropólogos de la región el significado de tener que publicar en su segundo (o en el caso de los antropólogos indígenas, en su tercer) idioma, el cual tampoco es la lengua de las personas cuyas vidas están analizando ni la de quienes toman las decisiones en el país y a quienes igualmente deben servir sus estudios. La incapacidad de la mayoría de las instituciones académicas en el Sur —que suelen estar orientadas principalmente hacia la docencia— de crear políticas de investigación reales y mecanismos efectivos para la difusión de sus resultados, más allá del corto período de alguna autoridad casualmente sensible para esta problemática, agudiza esta situación.

Una tercera causa que a pesar de la crítica explícita al respecto, no debe subestimarse, es el peso de *la ideología desarrollista*, en la que cualquier antropólogo reconoce en seguida la continuidad de las ideas del evolucionismo unilineal y teleológico de la fase inicial de su disciplina. El mencionado esquema de Thomas S. Kuhn ha contribuido a reforzar la idea de una secuencia necesaria de etapas de “maduración” de una ciencia hasta corresponder a un modelo único consagrado para siempre. A menudo, según parece, la frecuente realización de posgrados y de estancias de investigación de muchos antropólogos provenientes del Sur en universidades en el Norte robustecen esta idea —curiosamente, empero, sin que esto se refleje, por ejemplo, en la exigencia de mejores bibliotecas (no edificios y reglamentos, como en algunas instituciones sucede, sino acervos amplios y servicios efectivos) o de mecanismos de evaluación académica más apegados a la realidad nacional.

Las tres causas hasta ahora señaladas confluyen en la *conformación de los planes de estudio de las antropologías en el Sur*, especial pero no únicamente, a nivel de pregrado. Para empezar, muchos de ellos han estado repitiendo hasta en detalles insignificantes, esquemas curriculares provenientes de otras partes, desligando así la enseñanza de la antropología de las condiciones del propio país que paradójicamente estas mismas antropologías suelen tener como objeto de estudio principal. Si es que tiene cabida un curso sobre la tradición antropológica del propio país, frecuentemente ésta es presentada como cúmulo de errores que deben ser analizados y rectificadas a la luz de la discusión antropológica actual (por la cual se entiende, con frecuencia, algún debate importado por el docente más recientemente doctorado o regresado de una estancia de investigación en alguna institución del Norte). En el mejor de los casos, la tradición antropológica propia es vista como una especie de “anexo” o “eco” del desarrollo teórico de la antropología en los países originarios de la disciplina.<sup>8</sup> Pocas veces se enseña la antropología propia como lo que es: una combinación peculiar de elementos exógenos y endógenos, en la cual se puede hallar tanto la presencia de (algunas o muchas) de las principales realizaciones de las antropologías norteamericanas como la realidad sociocultural propia y los intentos concebidos en el seno de ésta última de plantear y abordar la pregunta antropológica.<sup>9</sup>

## **2. Las antropologías latinoamericanas: ¿de antropologías en el Sur hacia antropologías del Sur?**

Al igual que las antropologías originarias, las antropologías del Sur y, por ende, las antropologías latinoamericanas, no son homogéneas; sin embargo, comparten algunos rasgos, de los cuales ya han aparecido algunos en el apartado anterior.

Parece oportuno señalar aquí que los términos “Norte” y “Sur” arriba introducidos, no implican primeramente, y mucho menos de modo determinante, una referencia geográfica, aunque sí contienen una alusión al hecho de que fue la civilización noratlántica del último tercio del siglo XIX la que encubó y generó la ciencia antropológica de la que las antropologías sureñas son descendientes colaterales de segunda generación. Es decir, los dos términos hacen referencia a la situación

colonial en la que se estableció la ciencia antropológica originalmente y que no ha desaparecido aún, ya que las sociedades que entonces eran las dominantes, siguen siéndolo; a pesar de la por algunas corrientes teóricas recientes pretendida “desterritorialización” cultural, la base geográfica de esa situación se mantiene hasta el día de hoy, aunque en todos los países sureños se han formado enclaves de tipo norteño y aunque en todos los países norteños se están extendiendo las áreas pobladas por colectividades humanas del tipo (y a menudo también de origen) sureño. De esta manera parece justificado incluso hablar –naturalmente, de modo muy general– de una “cultura norteña” que caracteriza en su conjunto las sociedades altamente industrializadas y urbanizadas en cuyo seno se toman, desde hace tiempo, las decisiones económicas, militares, políticas y culturales clave para todo el mundo, y una “cultura sureña” que se refiere principalmente a las mayorías poblacionales de los países tardíamente industrializados que se encuentran marcadas por la pobreza sostenida, por la exclusión del disfrute de las riquezas creadas por la humanidad a lo largo de su historia y por el bloqueo de propuestas alternativas al desorden existente.

Es importante darse cuenta que la expresión “sureña” (y para la “norteña” vale lo propio) tiene dos significados relacionados pero distintos. Por una parte, “sureña” es sinónimo de *en el Sur* y se refiere simplemente a la antropología que se produce y practica en determinada región no perteneciente a la cuna noratlántica de la antropología originaria y sus descendientes directos.<sup>10</sup> Por otra parte, “sureña” puede tener también significar antropología *del Sur*, en el sentido de una práctica científica que asume explícitamente esta ubicación geo-político-cultural y se entiende como parte integrante de *una tradición propia* de la antropología *universal* que surgió principalmente por impulsos de difusión. En cualquiera de los dos significados, como ya se dijo, el término debe usarse en plural, ya que tanto en el Norte como en el Sur no existe un tipo único de antropología hegemónica, sino un conjunto de tradiciones nacionales y/o lingüísticas claramente diferenciadas.

Desde el surgimiento antropologías en el Sur se ha inventado diversos términos para nombrarlas. Aquí se prefiere el nombre de antropologías del Sur, porque contiene tanto un diagnóstico como un programa. Por consiguiente, no se habla aquí de “antropologías del Tercer Mundo” (término que es usado, paradójicamente, a veces con una connotación desarrollista en el sentido de antropologías “subdesarrolla-

das”), ni de “antropologías dependientes” (porque se trata de salir de las relaciones iniciales de subordinación propias del inicio de muchos procesos de difusión), ni de “antropologías periféricas” (concepto que podría dificultar la idea de una antropología policéntrica). Aunque es cierto que ninguno de estos equívocos es necesariamente inherente a estos términos, el concepto aquí propuesto parece ser un buen camino para evitar de antemano posibles malentendidos.<sup>11</sup>

Además, esta propuesta conceptual hace énfasis, simultáneamente, en la relación de oposición y en la de complementariedad; ésta última significa una opción por una antropología universal como tal diversa, en la que al cabo de un tiempo confluirán todas las antropologías diferentes en una visión de conjunto – no de “los otros” que siempre son relativos a determinados “nosotros”, sino de una humanidad planetaria, diversa y permanentemente en movimiento a través de sucesivas transformaciones evolutivas.<sup>12</sup>

Es por todo lo anterior que los procesos de *difusión* cultural –largamente abandonados por la teoría antropológica que veía en ellos primero sólo una efímera oposición a la escuela evolucionista decimonónica y luego nada más que un ingrediente secundario de los enfoques cultural-históricos– reclaman ser revisados con urgencia. Tal revisión empezaría con la constatación hoy día ya bastante común de que difusión no significa que algo (un rasgo cultural, un sistema simbólico, una tecnología, una idea, una institución) proveniente de un lugar, es reproducido tal cual en otro lugar, porque esto implicaría considerar al lugar de llegada como una especie de *tabula rasa*. Más bien se insiste con razón que en casi cualquier lugar se reciben, filtran, seleccionan, adaptan y acomodan, con mayor o menor autonomía, elementos socio-culturales provenientes de otras sociedades y se combinan de diferentes maneras con los ya existentes.

Es cierto que las antropologías segundas han recibido su impulso inicial decisivo de las antropologías originarias, pero es igualmente cierto que en sus ámbitos social-cultural-geográficos se hallan hasta el día de hoy las huellas de sus “antecedentes” y “precursores” propios de plantear la pregunta antropológica: estudiosos, instituciones, colecciones. Lamentablemente, el empuje de las antropologías exógenas las convirtió rápidamente en raíces “perdidas” u “olvidadas” (Moreno 1992: 21, 29). Y dado que este proceso de difusión sigue existiendo, también siguen existiendo en los países sureños formas peculiares de

organización social, características culturales, tradiciones de la administración pública, modos de organizar las instituciones educativas, estrategias de enseñanza, investigación y divulgación del conocimiento científico y pautas de vinculación-desvinculación con otras formas de conocimiento (especialmente, las indígenas), que tamizan, filtran, acunian y remodelan las influencias constantemente recibidas de otras partes. El resultado es diferentes tipos o, como lo diría uno de los pioneros de la investigación antropológica sobre las antropologías latinoamericanas, el recientemente fallecido maestro brasileño Roberto Cardoso de Oliveira (1995), “*estilos*” de plantear la pregunta antropológica.

El inventario de las antropologías segundas y el análisis de estos estilos se encuentra todavía en su fase inicial.<sup>13</sup> En lo que sigue, se esbozan algunos de sus rasgos que, entre otros, deben estudiarse con detenimiento para poder distinguir no solamente en el pasado raíces propias e influencias externas recibidas y para entender los mecanismos particulares que en tal o cual país o región del Sur provocan la emergencia de un estilo propio a partir de determinadas mezclas de elementos internos y externos, sino también para poder potenciar este proceso a partir precisamente de la tradición propia o, por decirlo de otra forma, pasar de antropologías en el Sur a antropologías del Sur.

- a) Dado que la mayor parte de las antropologías latinoamericanas se realizan en el interior del *mismo país* y sobre algún sector de la propia población nacional, su generador ha sido llamado por parte de la antropóloga colombiana Myriam Jimeno (2005: 50) el *investigador ciudadano*. Esto implica que los individuos y las colectividades bajo estudio se encuentran bajo la influencia del mismo sistema educativo, de los mismos medios de difusión masiva, las mismas crisis económicas, la misma inestabilidad política, los mismos tanteos de democratización que el antropólogo, aunque éste último, generalmente, se encuentra estructuralmente más identificado con el enclave norteño que con la realidad sureña de la que mayormente proviene<sup>14</sup>. De allí se deriva casi siempre una mayor “cercanía” sociocultural de los antropólogos nativos con la realidad estudiada que la que pueden alcanzar los antropólogos extranjeros; sin embargo, el valor cognitivo de esta cercanía dista de ser clara y es algo que hay que analizar. Porque a veces parece ser causa de la tentación hacia el ensayismo, la

ideologización del debate antropológico<sup>15</sup> o la confusión de la ciencia antropológica con algún tipo de trabajo social. Pero también puede facilitar una sensibilidad mayor y una comprensión desde dentro de determinadas diferencias culturales y reclamos sociales.

- b) Las comunidades antropológicas ubicadas en países del Sur experimentan el carácter inmediatamente crítico de la investigación social de modo diferente que los antropólogos visitantes, incluso cuando éstos estudian sus países nortños. Frecuentemente, el trabajo antropológico –independientemente de la posición política de su autor– reta el triunfalismo de las instituciones gubernamentales y de las asociaciones empresariales, pero también de instituciones educativas, organismos no gubernamentales y comunidades religiosas; en la medida en que testimonia casi inevitablemente la continuidad centenaria de explotación y dominación, exclusión y racismo, incomoda los discursos democráticos y cristianos oficiales; como demuestra cierto tipo de racionalidad en las culturas populares e indígenas, mina la legitimidad del poder que se basa en su infantilización;<sup>16</sup> como se ocupan frecuentemente de temas poco gratos y de sectores sociales considerados “feos” por las capas dominantes y no pocos de sus aliados clasemedios, es visto con interés por muchos de quienes buscan la reforma general del sistema social.<sup>17</sup> Como se sabe, esto no solamente vale para las disciplinas antropológicas que estudian el presente y la historia reciente, sino también para las conocidas como etnohistoria y arqueología, pues cuestionan la historiografía hegemónica, por ejemplo, cuando demuestran que el mal llamado problema indígena no resulta de una aculturación fallida, sino del colonialismo (Moreno 1985: 17-18) o cuando establecen, frente al fetichismo tecnológico del industrialismo que permea la antropología desde su nacimiento como ciencia, nuevos criterios para calificar el avance evolutivo (Boehm 1986: 16-20).
- c) También *la relación con las culturas indígenas y las de raíz africana y asiática* implantadas desde hace siglos en América Latina, es diferente para los antropólogos nativos y para los venidos de fuera. Por ejemplo, donde el antropólogo venido del Norte solo se acerca a colectividades indudablemente diferentes de la propia, el

antropólogo del Sur no está exento de descubrir raíces de su propia historia cultural y hasta familiar, lo que no pocas veces acarrea conflictos identitarios. A su vez, los todavía tenues inicios de una antropología de pueblos indígenas y de las naciones de las que éstos forman parte, realizada por antropólogos pertenecientes a estos pueblos, crea tensiones, porque puede llevar a la denuncia de la “antropología nacional” mestiza y blanca como expresión de racismo y colonialismo interno. Y, finalmente, es diferente solidarizarse con la denuncia de derechos indígenas negados desde hace centurias, cuando esto puede implicar la pérdida de privilegios por parte de todos quienes promueven leyes y arreglos institucionales más justos.

- d) Los elementos señalados se combinan de diversas maneras para crear, reproducir y matizar en los diferentes países latinoamericanos una tensión a veces patente, pero muchas más veces latente, entre quienes quieren practicar, por decirlo de alguna manera, “una antropología sin más”, con lo que quieren decir: orientada fundamentalmente por los estándares y los intereses de la antropología originaria y los sucesores de ésta, que se confunde así con la antropología como tal, y quienes están a la búsqueda de una antropología no simplemente *en* el Sur, a modo de una réplica de la nortea, sino de una antropología *del* Sur, es decir, una antropología que usa, desde luego, elementos que las antropologías originarias han estado *y siguen* generando, pero subordinándolos al esfuerzo propio de la creación teórica, la reflexión epistemológica, la experimentación metodológica y técnica y permanentemente a partir y frente a la realidad estudiada de la que se reconocen como parte integrante.

En determinados momentos de conflicto abierto, los segundos acusarían a los primeros de imitadores planos que solamente tratan de “aplicar” la antropología generada en otros lares e incluso épocas, mientras que los primeros imputarían a los segundos el abandono de la idea de *una* ciencia universal y la evasión de sus debates más interesantes del momento; igualmente denunciarían la sustitución de la ciencia “seria” por el ensayo político-programático y también (aunque con dificultades a partir de la propagación del neoboasianismo posmoderno) por la simple etnografía descriptiva. A esto los segundos contesta-

rían que en vez de la copia de alta calidad hacen falta intentos creativos como los –por mencionar a alguien a modo de ejemplo– del brasileño Darcy Ribeiro (1976) y del catalán-mexicano Ángel Palerm (1972) de pensar la evolución de las sociedades complejas no solamente con modelos teóricos tomados de otra partes, sino desarrollando estos modelos a partir de la información etnográfica acumulada y desde una ubicación manifiesta en el presente de América Latina y puesta al servicio de la transformación social global.

Es patente que ambas tendencias –la de la antropología en el Sur y la antropología del Sur– conviven en todos los países latinoamericanos, impidiendo así la clasificación de estas antropologías practicadas en el Sur, como antropologías del Sur en el segundo sentido arriba señalado.

### **3. Algunos pendientes para el camino hacia la antropología del Sur**

Hace casi medio siglo, Gilberto Freyre prefiguró para el Brasil la tarea pendiente de la siguiente manera: “Necesitamos, los pueblos tropicales en general y los hispanoamericanos en particular, cribar las ciencias sociales venidas de fuera con etiquetas de absolutamente ‘objetivas’ y reconocer que es una ‘objetividad’ polivalente. ... Cabe a los pensadores y científicos sociales de la América hispanotropical, especializados en el estudio de cualquiera de los países que constituyen ese conjunto, particular o general, tomar conciencia de la responsabilidad que les atañe como orientadores indirectos, por lo menos, de la política sociocultural –en el más elevado sentido de la expresión– de sus países y del complejo formado esos mismos países. Es una orientación que solamente podrá ser dada por ellos y a base de interpretaciones psicosociales y socioculturales que los mismos desarrollen: a base de los conocimientos científicos y técnicos que hayan asimilado, en gran parte, de europeos y de angloamericanos, así como de conocimientos al mismo tiempo racionales e intuitivos, objetivos y empáticos, desarrollados de adentro hacia afuera, en el trato con realidades de las cuales son participantes –y no, como los europeos y angloamericanos, especializados de ordinario en ‘asuntos latinoamericanos’, espectadores no-participantes” (Freyre 1964: 18-19).

Sin embargo, esta tarea se enfrenta a retos tan formidables, que es posible caracterizarla como una tarea a contracorriente. Entre otros, se encuentra ante los siguientes problemas:

- El *reducido aprecio del que goza la investigación científica y tecnológica* en América Latina. Ésta se expresa, ejemplarmente, en el porcentaje minúsculo que esta actividad ocupa del Producto Interno Bruto y del presupuesto nacional en todos los países latinoamericanos y en el lugar real –quiere decir: independientemente de los discursos de aniversario etc.– que ocupa en los esquemas organizativos de las universidades que siguen siendo básicamente escuelas profesionales; también es importante señalar que en las expectativas de la población en general, la ciencia propia no suele jugar un papel relevante como posible fuente para la solución de los grandes problemas del país y del tiempo actual. También hay que mencionar aquí que en no pocas instituciones académicas priva una cultura política de tipo marcada por el autoritarismo y la sumisión, que fomenta la repetición de ideas conocidas al tiempo que bloquea la crítica creativa y la innovación audaz.
- La *debilidad de las instancias gremiales* de las antropologías latinoamericanas, donde solamente la Asociación Brasileira de Antropología<sup>18</sup> y la Red Centroamericana de Antropología<sup>19</sup> han logrado establecer formas de organización eficientes y sostenidas. Pero aún así, parecen existir muy pocas muestras de que la antropología como actividad colectiva pueda resistir la transformación de programas de estudio y la imposición de formas de organizar y evaluar la investigación construidas conforme a modelos de las ciencias naturales y estéticas burocráticas, muchas veces procedentes de fuera; igualmente reducida parece ser la posibilidad de contrarrestar realmente la dependencia epistémica de fuentes de financiamiento privadas.
- El *diminuto conocimiento mutuo de las antropologías latinoamericanas* que las priva a todas de la posibilidad de la comparación sistemática y acumulativa y, por consiguiente, del enriquecimiento mutuo y de la búsqueda de caminos comunes hacia una antropología arraigada cada vez más en la arriba llamada “cultu-

ra del Sur” y la búsqueda de su transformación hacia una realidad más digna para todos.

Una sistemática y sostenida *antropología de las antropologías latinoamericanas*, en el sentido de un balance permanente y acumulativo como el que se pretende realizar en este congreso para un país de la región, parece ser instrumento ineludible para el fortalecimiento de las antropologías del Sur latinoamericanas. La preparación ya iniciada del *II Congreso Latinoamericano de Antropología* en el verano de 2008 proporciona una buena oportunidad para avanzar en este sentido a nivel continental.<sup>20</sup>

## Notas

- 1 Se trata de una versión revisada y ampliada de la ponencia presentada en el II Congreso de Antropología y Arqueología Ecuatoriana (Quito, 6-10 de noviembre de 2006). Aprovecho la oportunidad para agradecer al Comité Organizador en general y al Mtro. Fernando García en particular, su invitación al evento, y al Dr. Segundo Moreno y al Mtro. Fernando García sus comentarios a mi ponencia. A la Dra. Carmen Martínez Novo y al Dr. José Almeida les agradezco la amabilidad de proporcionarme los borradores de sus ponencias sobre la antropología ecuatoriana preparadas para el Congreso.
- 2 Es decir, en el sentido de la “ciencia normal” de Kuhn (1971: 51 y sigs.).
- 3 Ver para un esquema al respecto, Krotz 1987.
- 4 Ver para la “pregunta antropológica” y las tres fuentes de la otredad, Krotz 2004: 49-81.
- 5 Se usa en lo que sigue, sólo el género gramatical masculino por razones de economía y no para negar la existencia de antropólogas.
- 6 Para una excepción reciente, ver el trabajo de Otavio Velho (2005: 267-271).
- 7 No deja de llamar la atención que la antropología nace en el siglo XIX como ciencia practicada por una comunidad claramente internacional, la que, sin embargo, no tenía la necesidad de una sola lengua para la discusión de ideas y la comunicación de resultados de investigación.
- 8 Esta situación ha sido señalada muchas veces, por ejemplo, hace tiempo por Segundo Moreno (1992: 101), cuando habla de que la “dependencia intelectual conlleva frecuentemente al escaso reconocimiento a la tradición del pensamiento antropológico ecuatoriano y a una repetición metodológica y temática huérfana de todo análisis”, y más recientemente por Myriam Jimeno (2005: 57) quien constata que “subyace allí la idea de que en los países periféricos o no se produce teoría en antropología o ésta es un transplante de las tendencias teóricas creadas en los centros metropolitanos”.

- 9 Con respecto a otras antropologías latinoamericanas, la situación es igual o peor, e incluso se han dado casos de folklorización de las mismas; así, en un programa de licenciatura reciente se definió entre los principales temas para abordarlos, los de identidad, deporte, ocio, sexualidad y violencia).
- 10 Una consideración particular merecerían casos como la antropología japonesa, cuya sociedad ha llegado a pertenecer a las más poderosas del mundo, por lo que difícilmente se le podría llamar “sureña”.
- 11 Estos términos y sus orígenes han sido analizados en la ponencia “Antropologías segundas: enfoques para su definición y estudio” (Krotz 2005b), en proceso de publicación por El Colegio de Michoacán, en una obra colectiva dedicada a la memoria del antropólogo mexicano José Lameiras Olvera, precursor del estudio histórico de la antropología mexicana.
- 12 Acerca de la transformación del análisis centrado en la relación nosotros - los otros en el estudio de la diversidad sociocultural, puede verse de forma resumida Krotz 2005c: 405-408.
- 13 Ver, por ejemplo, varios de los textos contenidos en el número monográfico “Antropologías latinoamericanas” de la revista *Alteridades*, vol. 3, 1993, núm. 6 (accesible en <[www.http://uam-antropologia.info/web/index.php?option=com\\_docman&task=cat\\_view&gid=35&Itemid=26](http://uam-antropologia.info/web/index.php?option=com_docman&task=cat_view&gid=35&Itemid=26)>) y en la compilación de Roberto Cardoso de Oliveira y Guilherme Raul Ruben, *Estilos de antropología* (1995). También la ponencia de José Almeida (2006) contiene un pequeño esbozo comparativo de diferentes estilos latinoamericanos de hacer antropología.
- 14 Un aspecto poco considerado de las antropologías latinoamericanas –especialmente de sus sectores académicos– es que un porcentaje muy alto de los antropólogos profesionales actuales son la primera generación en sus respectivas familias que cuenta con una formación universitaria o ha obtenido un empleo en una institución académica.
- 15 La situación descrita por Carmen Martínez Novo (2006: 3) de que “los académicos no se concebían a sí mismos tanto como intelectuales sino como miembros de partidos que eran o aliados a los que no se podía cuestionar o enemigos a los que había que ignorar”, se ha dado en varias épocas en diversos países latinoamericanos.
- 16 Ver, por ejemplo, la opinión de Boaventura de Sousa Santos sobre la solidaridad entre campesinos (Chavarría y García 2004: 103).
- 17 Ver para esto último el señalamiento de C. Landázuri (1998: 7) sobre la antropología en el Ecuador como ciencia que abordaba temas de las demás ciencias sociales no se ocupaban.
- 18 Ver, para una primera información, Grossi 2006.
- 19 Ver, para una primera información, Bolaños 2001.
- 20 Ver, para propuestas concretas, Krotz 2005a.

## Bibliografía

Almeida, José

- 2006 “Antropología ecuatoriana: entre la afirmación identitaria y el desarrollismo. Un balance de los últimos diez años, 1996-2006” (ponencia, *II Congreso de Antropología y Arqueología Ecuatoriana*, Quito).

Boehm de Lameiras, Brigitte

- 1986 *Formación del estado en el México prehispánico*. Zamora: El Colegio de Michoacán.

Bolaños Arquín, Margarita

- 2001 “Retos de la antropología centroamericana en el presente decenio”, en Ramón Rivas y Gloria Mejía de Gutiérrez, coords., *Encuentro de la Red Centroamericana de Antropología*, pp. 31-43. San Salvador, Asociación Salvadoreña de Antropología / Universidad Tecnológica de El Salvador.

Cardoso de Oliveira, Roberto

- 1995 “Notas sobre uma estilística da antropologia”, en Roberto Cardoso de Oliveira y Guillermo Raul Ruben, eds., *Estilos de antropología*, pp. 177-196. Campinas: Unicamp.

Cardoso de Oliveira, Roberto y Guillermo Raul Ruben, eds.

- 1995 *Estilos de antropología*. Campinas: Unicamp.

Chavarría, Miguel y Fernando García

- 2004 “Otra globalización es posible: diálogo con Boaventura de Sousa Santos”, en *Iconos*, núm. 19, pp. 100-111.

Freyre, Gilberto

- 1964 “Introducción a la segunda edición en lengua española”, en Gilberto Freyre, *Interpretación del Brasil*, pp. 7-22. México, Fondo de Cultura Económica (2ª edición corr. y aument.)

Jimeno, Myriam

- 2005 “La vocación crítica de la antropología en Latinoamérica”, en *Antípoda*, núm. 1, pp. 44-65.

Krotz, Esteban

- 2005c “La antropología: ciencia de la alteridad”, en Anna Estany, ed., *Filosofía de las ciencias naturales, sociales y matemáticas*, pp. 405-432. Madrid, Trotta (Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía, 28).

Krotz, Esteban

- 2005b “Antropologías segundas: enfoques para su definición y estudio” (ponencia presentada en el *Homenaje a Pepe Lameiras*). Zamora, El Colegio de Michoacán (13-14 de octubre).

Krotz, Esteban

- 2005a “La diversificación de la antropología universal a partir de las antropologías del sur” (ponencia presentada en el *I Congreso Latinoamericano de Antropología*). Rosario, Asociación Latinoamericana de Antropología/Universidad Nacional de Rosario (Disco Compacto).

Krotz, Esteban

- 2004 *La otredad cultural entre utopía y ciencia: un estudio sobre el origen, el desarrollo y la reorientación de la antropología*. México, Fondo de Cultura Económica / Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 2004 (1ª reimpr.).

Krotz, Esteban

- 1993 “La producción de la antropología en el sur: características, perspectivas, interrogantes”, en *Alteridades*, año 3, núm. 6, pp. 5-11.

Krotz, Esteban

- 1987 “Historia e historiografía de las ciencias antropológicas: una problemática teórica”, en C. García M., coord., *La antropología en México*, v. 1, pp. 113-138. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

Kuhn, Thomas S.

- 1971 *La estructura de las revoluciones científicas*. México, Fondo de Cultura Económica (Breviarios, 213).

Landázurí N., Cristóbal

- 1998 “Presentación”, en Cristóbal Landázurí N., comp., *Memorias del Primer Congreso Ecuatoriano de Antropología*, vol. I, pp. 7-12, Quito, Departamento de Antropología-PUCE, Asociación Escuela de Antropología-PUCE, MARKA-Instituto de Historia y Antropología Andinas.

Martínez Novo, Carmen

- 2006 “De militantes, religiosos, tecnócratas y otros investigadores: la antropología ecuatoriana y el estudio de lo indígena desde principios de los setenta” (ponencia, *II Congreso Ecuatoriano de Antropología y Arqueología*, Quito).

Moreno Yáñez, Segundo

- 1985 *Sublevaciones indígenas en la Audiencia de Quito: desde comienzos del siglo XVIII hasta finales de la Colonia*, Quito, Pontificia Universidad Católica del Ecuador (3ª. ed. aument.).

Moreno Yáñez, Segundo

- 1992 *Antropología ecuatoriana: pasado y presente*, Quito, Ediguías (Col. Primicias de la Cultura de Quito, 1).

Palerm, Ángel

- 1972 *Agricultura y sociedad en Mesoamérica*, México, Secretaría de Educación Pública (SepSetentas, 55).

Pillar Grossi, Miriam

- 2006 “Cincuenta años de la Asociación Brasileira de Antropología (ABA), en Laura Valladares de la Cruz, coord., *Colegio de Etnólogos y Antropólogos Sociales A. C. – Boletín 30 aniversario*, pp. 57-62.

Ribeiro, Darcy

- 1976 *El proceso civilizatorio*, México, Extemporáneos.

Varios autores

- 1993 “Antropologías latinoamericanas”, en: *Alteridades*, vol. 3, n. 6 (número monográfico). [Disponible también en <[http://uam-antropologia.info/web/index.php?option=com\\_docman&Itemid=26](http://uam-antropologia.info/web/index.php?option=com_docman&Itemid=26)>].

Velho, Otávio

- 2005 “The pictographics of *tristesse*: an anthropology of nation building in the tropics and its aftermath”, en: Gustavo Lins Ribeiro y Arturo Escobar, eds., *World Anthropologies: disciplinary transformations within systems of power*, pp. 261-279. Oxford/Nueva York, Berg/Wenner-Gren Foundation.